

Aunque los educadores normalmente damos por sentado que es deseable comprender a los muchachos, o ponernos en su lugar, muchas veces subestimamos lo que eso significa. Al fin y al cabo, todos fuimos niños alguna vez, por lo cual tendemos a suponer que con sólo hacer un poquito de memoria, lograremos ver las cosas desde su punto de vista. Pero el paso de niños a adultos, no es una simple acumulación de informaciones o recuerdos, sino una profunda y compleja transformación, por la cual atravesamos sin entenderla de un todo. Por ello a menudo terminamos tratando a nuestros estudiantes como si fueran adultos pequeños, y ciertamente no lo son. La toma de conciencia sobre esta clase de dificultades no es del todo nueva. Casualmente, fue desde Arequipa y Lima que Simón Rodríguez, uno de los maestros de Simón Bolívar, planteó como una máxima:

... “que más aprende un niño, *en un rato*, labrando un Palito, que *en días enteros*, conversando con un Maestro que le habla de abstracciones superiores a su experiencia”ⁱ.

Pero ha sido sobre todo a partir de las obras de Piaget y de Kohlberg, que la psicología contemporánea se ha visto forzada a admitir que los niños no son pequeñas pizarras en blanco, sino personitas que le buscan sentido, muy a su modo, tanto al mundo físico como al mundo social y moral. Así, en *El niño como filósofo moral*, Kohlberg apuntaba:

“Podemos decir que el niño tiene su propia moralidad o serie de moralidades. Los adultos rara vez escuchan las moralizaciones de los niños. Si un niño recita unos pocos clichés adultos y se porta bien, la mayor parte de los padres —y también muchos antropólogos— piensan que el niño ha adoptado o interiorizado las conductas paternas apropiadas.

En realidad, en cuanto hablamos con niños acerca de la moralidad, vemos que tienen muchas formas de realizar juicios que no están ‘interiorizadas’ desde el exterior, y que no provienen de una forma directa y obvia de sus padres, maestros o incluso compañeros”ⁱⁱ.

Esto es algo que muchos padres o madres habrán captado por su cuenta, ante las ingeniosas o inesperadas ocurrencias de sus pequeñines. Al menos eso me pasó a mí, siendo ya un especialista, como procuro explicar en la siguiente anécdota:

¡No, papi, no! ¡No me cortes!...

Cuando mi hija tenía apenas dos o tres años, un buen día la estaba bañando, y de repente ella empezó a gritar desesperada: "¡No, papi, no! ¡No me cortes! ¡No me cortes! ¡No me cortes con ese jabón de vidrio". Después de un momento de desconcierto, entendí lo que había pasado, y no pude evitar una pequeña carcajada, a pesar de que la reacción de ella no había sido una broma, sino un instante de verdadero terror.

Yo me le había acercado con un jabón en la mano. Un jabón traslúcido, porque casualmente era de pura glicerina. Como a toda criatura, en la casa le habíamos advertido muchas veces, explicándole lo mejor posible, por qué debía mantenerse alejada de la cocina, la plancha, los enchufes, los cuchillos y las

cosas de vidrio. Así que al verme blandiendo un jabón semitransparente, como una botella, la pobre Amandita creyó que era un jabón de vidrio, y que yo la iba a picar en pedacitos o quién sabe qué cosa.

La anécdota viene al caso porque ilustra las dificultades de las que vengo hablando. En primer lugar, nótese lo difícil que puede ser la comunicación adulto-niño, en cuanto al mundo físico o material. Porque mi esposa y yo le habíamos mostrado vidrios, y le habíamos explicado lo mejor posible que "el vidrio corta" y por lo tanto representa un peligro. Sin embargo, aunque Amanda era capaz de repetir verbalmente lo que le habíamos dicho, aún no alcanzaba a entender que el vidrio corta cuando es filoso, no por el hecho de ser traslúcido. En segundo lugar, el incidente también nos muestra lo compleja que puede ser la comunicación adulto-niño en cuanto al mundo social o humano. Para ese entonces yo ya había leído bastante sobre psicología educativa, y sobre la vulnerabilidad de los chicos, pero aún así no podía salir de mi asombro...

¿Cómo era posible que mi niña creyera que yo, de buenas a primeras y sin motivo alguno, la iba a agredir gravemente? Al igual que cualquier otro padre, yo había hecho mi mejor esfuerzo por hacerla sentir segura y amada; y en todo caso habría comprendido que tuviera cierto miedo de que le jalara una oreja o le diera una nalgada. ¿Pero apuñalarla en la ducha, como si estuviéramos en una película de Hitchcock?

Ciertamente, las niñas y los niños no son una especie de extraterrestres, absolutamente incomprensibles. Pero ni como educadores ni como padres deberíamos menospreciar la gran brecha que existe entre nuestras vivencias, y las de ellas o ellos.

Levy Farías
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
Universidad Central de Venezuela

ⁱ *Sociedades americanas en 1828*.

ⁱⁱ Kohlberg, Lawrence (1978). "El niño como filósofo moral", en Delval, Juan (Comp.), *Lecturas de psicología del niño*, Vol. 2, (El desarrollo cognitivo y afectivo del niño y del adolescente). Cap. 34, pp. 303-314; p. 304. Traducción castellana de Juan Delval, a partir de "The child as a moral philosopher", *Psychology Today*, septiembre 1968.